

idioma causó transformaciones análogas á las que imprime, mal que nos pese, en castellano, la genial elegancia, galanura y seducción del habla francesa.

En efecto, para imitar á los griegos y rivalizar con ellos, no bastaba tomarles sus ideas, reproducir sus creaciones, servirse de sus asuntos para temas; preciso era también introducir los ritmos sabios y expresivos de aquellos eternos maestros, y convertir el idioma en lengua literaria. Por manera que la mayor parte de los poetas de esa época son especialistas en materia de lenguaje y versificación. La nimia preocupación del estilo parece haberles sido familiar. Particulares distinguidos como Lucilio, grandes personajes como César, soberanos como Claudio, no desdeñan el disertar sobre la declinación y el alfabeto, pues la gramática, jurisprudencia de las palabras, convenía á aquellos temperamentos de legistas.

estudios griegos, continúa siendo clásica. En lo relativo á fonética, morfología y métrica se encuentra un resumen muy completo, hecho en vista de los mejores trabajos modernos y con un conocimiento de la materia que luego se revela, en la Gramática Griega de Cejador y Frauca. (Barcelona, 1900).—Regnaud, en su Gramática Comparada del Griego y del Latín, presenta sobre ambas lenguas una aplicación muy ingeniosa de la teoría evolucionista. (P. Regnaud, *Grammaire Comparée du Grec et du Latín*, 2 vol., París, 1895.) Hago estas citas, con el exclusivo objeto de que sirvan de información á los aficionados á este género de estudios en México, donde da grima tropezar aún con gramáticos de profesión, que se hallan lamentablemente atrasados en filología y viven aún bajo la sujeción de un empirismo cuasi primitivo.

La crítica de los textos y la erudición contemporánea, á cuya vanguardia marchan los sabios alemanes, ha escudriñado con paciente sagacidad, por lo que respecta á la filología latina, más de lo que era de esperar en lo relativo al análisis ó á la historia del vocabulario y de las formas gramaticales; pero no obstante los mayores esfuerzos, queda para la fonética, la sintaxis y la estilística un dilatadísimo espacio lleno de tinieblas. Para exponer los caracteres generales de la lengua clásica se requerirían muchas páginas y una detenida investigación superior á mis fuerzas y ajena del presente trabajo <sup>1</sup>. Tiene esa lengua flexiones que cristalizan la expresión sin arrimo de preposiciones para los nombres ni de auxiliares para los verbos, y que al abreviar la frase, precisan la índole de las palabras, que gozan con ello de plena libertad para ocupar el lugar que más les plazca ó á su lucimiento convenga; partículas que en caso necesario afirman ó evidencian el sentido de las flexiones; afijos que al dar crecimiento á las raíces y vigorizar los

<sup>1</sup> Seelman, *Die aussprache des latein nach physiologisch-historischen grundsätzen*. (Este autor, como neógrafo y fonetista, suprime las mayúsculas en los nombres comunes.)—Gramáticas latinas de Madvig (trad. de Teil);—Guardia y Wierzeyski, resumen muy completo de los principales resultados en el estudio de la gramática de ese idioma;—J. H. Roby, *A Grammar of the Latin Language from Plautus to Suetonius*, obra de profunda y concienzuda investigación científica é histórica, cuyo compendio, al menos, quisiera yo ver de texto en las escuelas de México, cuando se rehabilite la enseñanza del latín.

radicales ennoblecen la idea y la determinan y, con la ayuda y comedimiento de las desinencias, prolongan el tema, sustantivándolo ó infundiéndole la fuerza modal, temporal y personal que palpita en el verbo; adverbializándolo ó imprimiéndole los tonos superlativos, inferlativos ó medios de la calificación, al par que modificando concertadamente la cantidad prosódica con la pérdida, la disparidad y el acoplamiento de letras que la amplían ó la reducen. Las formas nominales y pronominales, con su imparasilabismo, se acomodan rítmicamente dentro del período, y las conjunciones aparecen pie adelante, pie atrás de los vocablos, y aun gustan de reaparecer las mismas, y de retozar y disfrazarse á veces, cuál de preposición y cuál de adverbio. Por cima de todo ello, el régimen no descuida el imponer con lógica previsión sus leyes (no sin escuchar atentamente secretas indicaciones del ritmo que no han llegado hasta nosotros) á la voluntariosa construcción á quien da mucha suelta y no escaso estímulo para los mayores caprichos, un su abuelo, mimoso y consentidor, llamado hipérbaton. Probable es que ya entonces, con la serenidad de los ánimos aquietados por la paz augusta de una sabia tiranía, con la vida más muelle y afecta á las elegancias cortesanas y á la galanura de la conversación, con los humos aris-

tocráticos de hacer más y más puro el *sermo urbanus* y no incurrir en el *sermo rusticus* del común de los siervos y de los indoctos; muchas asperezas se hubiesen suavizado, muchas desinencias se hubiesen eufonizado y otros muchos recursos del menor esfuerzo, de la sustitución, pérdida, asimilación y disimilación de sonidos<sup>1</sup> hubieran dulcificado la pronunciación de las palabras y aligerádola favorablemente para el ritmo.

Tales elementos sirvieron á Horacio para tejer la fina malla de sus versos. Su propia inventiva agregó otros muchos de fibra delicada y preciosa. Ya leamos sus estrofas con la incorrecta y un tanto dulzona pronunciación enseñada habitualmente en las aulas, ya con la más probable y viril que se han esforzado en restablecer los Corssen, los Seelmann, los Roby, etc., los versos de Horacio suenan casi siempre musicales y gratos al oído un poco hecho al idioma en que fueron escritos. Para esta armoniosa cadencia no hace falta el no conocer á punto fijo en qué consistía la cantidad, ni el ritmo, ni el acento primitivos<sup>2</sup>, ni estorba sino en muy pocos casos, y sólo á nuestra ignorancia quizás, la rareza y, al parecer, desapacible enlace de alguna insó-

<sup>1</sup> Papillon, *A Manual of Comparative Philology*, Oxford, 1882, Cap. IV, *Changes and Modifications of Sounds*.

<sup>2</sup> *The American Journal of Philology*, Vol. XX, 4.

lita combinación de metros. De mí sé decir que pocos versos han vibrado en mis tímpanos con timbre tan grato como los de *Jam satis*, *Quis multa gracilis*, *Lydia, dic per omnes*, *Jam veris comites*, *Quem tu*, *Melpomene*, y otros semejantes. Habría que remontarse á algunos pasajes de Lucrecio, ó que llegar hasta la magistral versificación de poetas modernos por el estilo de Sully Prudhome y Teodoro de Banville, de Swinburn, Rosseti y el impecable Morris, de Carducci ó de Rapisardi, para percibir esa ordenada irregularidad de cadencia en las palabras, enlazadas sin gracia muelle ni áspera rigidez, del modo más estrecho, natural y canoro.

El «építeto raro» que llevó en nuestros tiempos á los Goncourt á la producción de un estilo artificiosamente encantador y sugestivo, era ya una de las preocupaciones de aquel artista venusino que no resistía al contagio del alejandrismo. Por natural instinto como por método artístico, fácil de observar en toda su obra, déjase transparentar de continuo su personalidad escéptica y tranquilamente desdeñosa en su ironía característica, y su costumbre, censurada por algunos como falta de nervio, y que según otros no era sino procedimiento suyo, de terminar las odas en que se eleva más de lo ordinario, de un modo opaco, lánguido y aun convencional «como

si la pasión debiese extinguirse *decrecendo* antes de que se apague la melodía<sup>1</sup>.»

Para conservar, al traducir á este poeta, la tersura y el encanto de la expresión, el engarce maravilloso de los vocablos, la vibración sabiamente armonizada de los versos, el atavío elegante de la forma poética, la novedad para revestir las ideas con las carnes palpitantes de la imagen, y para convertir las imágenes en intérpretes diestras y novedosas de sus pensamientos, sentencias ú observaciones familiares, fuera preciso que el nuevo idioma en que para tal reencarnación se busca un molde, dispusiera de análogos recursos y procedimientos semejantes ¿Se halla el castellano en este caso? Resueltamente, no.

Cierto que es latín el idioma que hablamos, pero latín transformado á través de los siglos y bajo heterogéneas influencias por boca de inúmeras generaciones que han venido imprimiéndole cambios incontables; y tan dilatada es ya la divergencia, que ha dado lugar á la absurda metáfora de las lenguas madres y de las lenguas

<sup>1</sup> «On its artistic side this irony is nearly connected with another feature of his style . . . , namely his affectation, in poems where we have been wrought higher than usual, of a dull, even conventional, ending, as though the passion ought to die away in a diminuendo before the stream ceases.»—Wickham, *Obra citada*, tom. I, pág. 27.

hijas <sup>1</sup>. Muchas de tales transformaciones han sido de capital importancia, como la sustitución de los casos por preposiciones que abrió nuevas sendas á la construcción; la constante modificación del vocabulario con la sucesión de usos, costumbres é instituciones, que hacen variar el sentido de unas palabras, dejar de valerse de las inútiles y buscar las que vayan necesitándose; el perpetuo ir y venir de las figuras, prestas á multiplicarse y mudar de ropilla al gusto de las concepciones reinantes. Así fue como el castellano, no independizado del latín, pues que latín es, sino vuelto señor y dueño de las Españas, y después de gran parte del mundo, alcanzó ese maravilloso florecimiento que tuvo en los siglos XVI y XVII. El bajo latín se había vigorizado en tierra nueva y convirtiéndose otra vez en poderosa y fecunda lengua de un pueblo opulento de ingenio y desbordante de vida. Pero las lenguas son (usando de un símil vulgarísimo) como los grandes ríos, que al cruzar por territorios diversos, ya reciben abundante afluencia de aguas en las regiones fértiles, ya pocas ó ninguna de las comarcas áridas, y corren deslizándose con majestuosa

<sup>1</sup> «Les langues n'ont point des filles: elles ne donnent pas non plus le jour à des dialects. M. Bréal, *Essai de Sémantique*, París, 1897.

lentitud en las planicies, y precipitándose aturbidamente en los declives hasta perderse en el seno del mar ó del desierto. El castellano, conforme se ha alejado más de su primitiva fuente, ha ido cobrando caracteres nuevos, á la vez que perdiendo de los que tenía, al punto de que es imposible hoy reconocer en él al idioma que sonó en los elocuentes labios de Cicerón, como tampoco es posible reconocerlo en el italiano, ni en el francés, ni en el rético, ni en ninguna de las formas que actualmente tiene en el mundo contemporáneo aquella habla desaparecida. No sólo han variado sus formas gramaticales, que es lo que hace á una lengua cesar de ser ella y convertirse en otra <sup>1</sup>, sino que también se han efectuado modificaciones profundas en lo que no constituye su esencia misma, como es en la sintaxis, en la pronunciación y en el léxico.

Hubo tiempos en que, sin violentar mucho, como sucedería ahora, la ya entonces lengua castellana, dieron algunos para entretener el ingenio, entre otras fruslerías, en componer diálogos, canciones, villancicos y varias otras futezas literarias, al mismo tiempo escritas en castellano y en latín, aunque en realidad no eran

<sup>1</sup> Hatzfel et Darmesteter, *Dictionnaire Général de la Langue Française*.—(Página 2 del *Tratado de la formación del Francés* contenido en el diccionario.)

á veces latín ni castellano <sup>1</sup>, inocentes juegos de acrobatismo cerebral que han tenido sus análogos en todos los tiempos y en todas las literaturas, desde «el eruditísimo Maestro Fernán Pérez de Oliva», nuestra Sor Juana Inés y otros que cita Mayans y Siscar en su Diálogo de las Lenguas, hasta las arcanidades de D. Adolfo de Castro <sup>2</sup>, y hasta los estrambóticos y abracadabrantes escarceos de muchos decadentes, deliquescentes, funambúlicos y simbolistas de hoy, á quienes se les ha indigestado el gran Verlaine y no alcanzan á sentir el enigmatismo incomprendible, pero sabio y delicado, de Stephane Mallarmé.

Pudiera creerse que pretendo decir que no puede el castellano traducir al latín á causa de las divergencias que han llegado á hacer de ellos dos lenguas distintas. No es tal mi pensamiento. Lo que sí afirmo es que nuestro idioma se resiste á reproducir la concisa y elegante trabazón latina, y que el encanto poético que de ésta resulta, no logra conservarse en su natural lucimiento.

<sup>1</sup> De tal opinión se muestra Ticknor, *Historia de la Literatura Española*, t. IV, p. 190.

<sup>2</sup> *Estudios prácticos de buen decir y de arcanidades del habla española* con un escrito sin verbo, otro sin nombres, otro con nombres y verbos solos y otro sin nombres y verbos, por el Excmo. Sr. D. Adolfo de Castro, C. de la R. Academia Española, autor también del disparatado «Libro de los Galicismos» donde el desorden de las ideas corre de acuerdo con una ofensiva ignorancia de los recursos y progresos del idioma.

Añeja manía española ha sido la de elogiar extraordinariamente las excelencias de su lengua y no quedar conformes, sino hasta proclamarla para propia lisonja la primera y más eminente de las vivas, llegando á asegurar, con candoroso aplomo, que «reúne las cualidades de todas y ninguno de sus defectos; pues tiene la dulzura de la italiana, la flexibilidad de la francesa, la precisión de la inglesa, y la gravedad de la alemana, sin ser inharmónica, ni áspera, ni afeminada.» Esto que dice el conde de la Viñaza en el prólogo de su Biblioteca Histórica de Filología Castellana (obra, por lo demás, de inmensa erudición), se ha repetido en todos los tonos por panegiristas incontables. El citado autor menciona muchos de tales encomios, y reputa como la mejor alabanza la disertación de D. Miguel Mir al ingresar en la Academia, del que afirma «que desde que el Maestro Medina compuso su famoso discurso, no se había escapado de pluma española nada más digno y elocuente en honra de la lengua castellana.» Ahora bien, toda persona de buen sentido que arrostre la lectura de ese discurso, que Menéndez Pelayo contestó con cierta flojedad <sup>1</sup>, hallará, á menos que se deje fácilmente encandilar

<sup>1</sup> *Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública del R. P. Miguel Mir, el día 9 de Mayo de 1886.*—Madrid, 1886.

de oropeles, que si en realidad encierra dicha pieza varias páginas hermosas y aun tal cual idea que no carece de originalidad, es en su mayor parte una difusa exposición de cosas bien sabidas, un abundante acopio de frases huecas, de manoseados clisés, y mucha, muchísima declamación. Sea, por ejemplo, lo siguiente: Para venirse á decir este hermoso pensamiento de Fray Luis de León: «El hablar nace del entender, y las palabras no son sino como imágenes de lo que el ánimo concibe en sí mismo,» frase tan concisa, tan bella, tan exacta, emplea el buen padre la friolera de dos páginas y media en cuarto mayor! Este prurito suyo de amplificar más de lo debido, se advierte también en el libro que posteriormente escribió contra los de su Compañía.

Hay otro jesuita,<sup>1</sup> pariente quizás del anterior, á quien su laudable amor á su lengua le lleva á exageraciones análogas, pero que en otros puntos no se ciega. Al juzgar á los escritores del siglo de Oro, tiene pasajes elocuentísimos, entre otros el siguiente: «Todos dieron inmortalidad á sus escritos por la belleza de las locuciones, ordenadas á estampar en el ánimo los conceptos con sus formas expresivas. La ambi-

<sup>1</sup> El P. Juan Mir y Noguera en su libro «*Frasas de los Autores Clásicos*,» Madrid, 1899.

ción de frasear en todo el señorío español fué universal. Castellanos y andaluces, catalanes y aragoneses, mexicanos y chilenos, filipinos y peruanos, todos los hijos de España, en aquel período feliz, cuando tomaban la pluma, parecían dotados de un augusto privilegio, por cuya virtud brotaban giros flamantes, formas peregrinas, dichos galanos, con que salían los pensamientos vestidos de ropaje bellissimo, sin que, de los artistas, ninguno pareciese discípulo, ninguno plagario, sino todos geniales, todos inventores, todos maestros.»

Mas al aplicar su criterio á los escritores contemporáneos, escatima el P. Mir y Noguera las mercedes de su benevolencia, y á vuelta de mucho lamentar perdidas riquezas idiomáticas, dice, no sin justicia, aunque olvidándose de toda consideración histórica, que de «Jovellanos acá hemos tenido un invierno bien crudo. Millares de locuciones castizas yacen mustias, destrozada la pompa de su belleza: en cambio han entrado en circulación centenares de voces desconocidas de los clásicos, dicciones extranjerizas, vocablos de ultrapuertos, términos científicos y técnicos, cual si hicieran falta palabras y no locuciones elegantes, cual si constara de solas palabras y no de expresivas frases el caudal de aquel idioma que es el asombro de cuantos le saborean.»

Aparte de la extraña sorpresa del P. Mir por que los clásicos, de lo que ellos mismos hacían, no hubiesen tomado barruntos de los centenares de voces que siglos después introduciría el uso; aparte de su maravillarse, todavía más extraño, porque los pueblos, en mayor aproximación cada día, se presten y cambien sus vocablos como se transmiten valores ó costumbres, y de que la ciencia, con su progreso ni siquiera soñado por los clásicos, deje trascender su tecnicismo al idioma general como resultado nada singular de la difusión de conocimientos; aparte de todas esas que me atreveré á llamar leves inadvertencias, tampoco parece advertir el sabio jesuita que locuciones muy elegantes y expresivas antaño, ogaño pudieran ser cursismo puro. Y dígolo cual lo entiendo, aunque amane un poco el tono para muestra.

Los clásicos, á mi ver, fueron y siguen siendo admirables, porque más que imitar, creaban. Su lenguaje brotaba naturalmente de la viveza y espontaneidad con que pensaban y sentían. No supeditaban la inteligencia á la palabra, según usos modernos, sino que enriquecían y engalanaban ésta con los rumbosos dones de su imaginación inagotable. Para ello tenían la mejor preparación en el cultivo de las lenguas sabias, contaban con toda la frescura del habla

popular en pleno florecimiento, y hallaban en la derivación amplio campo para expresar nuevas ideas y variar el matiz de los pensamientos al paso de las más pintorescas imágenes. Mas el castellano de hoy, rezagado en la civilización general, encanijado por falta de actividad, sujeto por los reciaros del dogmatismo, está muy lejos de ser lo que sus quijotes decantan, ya que la mayoría de los escritores, por no estudiarlo, por no detenerse á escudriñar sus recursos, por figurarse quizá que para escribir basta coger la pluma con sobra de audacia y carencia total de temperamento, de saber y de ideas, vanle dejando á la zaga de varias otras lenguas europeas, proclamándolo, eso sí, la primera y más grande maravilla del mundo.<sup>1</sup>

Gracias á que la lengua española es en realidad una acaudalada mayorazga que puede competir con cualquiera otra de linajuda prosapia indoeuropea, se siente uno animado á disculpar tales hiperboles. Está en la sangre, en el carácter español el hablar de sí y de sus cosas con fervor hispano, con la fogosa exaltación del ibérico orgullo, y el querer á todo trance imponer sus opiniones ó sus caprichos. En materia de lenguaje ha sido esta nación, como en todo, pródiga en dar y

<sup>1</sup> Ya Mayáns por 1730, Feijoo por la misma época, y otros, tal vez, reconocían en parte la superioridad del francés.

apremiante en exigir; opresora con el conquistado y heroicamente rebelde al opresor; enamorada caballerescamente de su pasado é inadvertida y engañada de su presente: arrebatada manía que la elevó á enseñorear dos mundos y que á la postre la precipitaría en lamentable ruina.

Tanta intransigencia ha sido general en España, y aparece en todos los tiempos y en la mayoría de los escritores, especialmente en los amamantados al robusto seno de las humanidades. Así como eran enemigos de la mesalianza de familias y castas, éranlo de la trasfusión de otras lenguas en la suya, creyendo con la candidez con que continúan suponiéndolo cuantos puristas ha producido y produce el clasicismo en las cabezas huera, que los idiomas llegan alguna vez á una forma definitiva cuyos contornos les está vedado ensanchar sin deformarlos.

Un gramático valenciano del siglo XVI (de los citados por el de la Viñaza)<sup>1</sup> da ingenuamente una muestra de ese género de intransigencia, que es curiosa por la defensa que hace del dialecto valenciano contra el de los castellanos, y por lo que revela de los usos de aquella época. He aquí el pasaje, idéntico en todo á lo que á

<sup>1</sup> Martín de Viziana, *Libro de alabaças d' las lenguas Hebraica | Griega | Latina: Castellana: y Valenciana*. 1574.—Existe un ejemplar de la primera edición de este libro en la Biblioteca Nacional de México.

menudo se dice en nuestros días, ya no contra el árabe, que tanto impulso dió á la sintaxis y aun al vocabulario castellanos,<sup>1</sup> sino contra el francés, que mucho ha librado ya al estilo de su estiramiento, ampulosidad é imprecisión de abo-lengo. Dice el gramático citado:

« . . . por cierto que es lástima ver que en la Lengua Castellana aya tanta mixtura de términos y nombres del Árabeto, y ales venido por la mucha comunicación que por muchos años han tenido en guerra y en paz con los agarenos. Y hanse descuidado los Castellanos dexando perder los propios y naturales vocablos, tomando los extraños; y desto rescibe la Noble Lengua Castellana, no poco, sino muy grande perjuicio, en consentir que de la más que cevil y abatida Lengua Arábiga tome vocablo, ni nombre alguno, en demás, teniendo la Lengua Latina, de la qual la Lengua Castellana pretende ser tomada del tiempo de los Romanos venidos á España; que pues la Latina es madre de muchas otras Lenguas, la Castellana se mejoraría grandemente. Y conforme á lo dicho lo hallarán en la lengua Valenciana, que por más que en Reino de Valencia havia dos tercios de

<sup>1</sup> El carácter semítico de la construcción castellana lo probó brillantemente D. Severo Catalina en su discurso al ingresar en la Academia. (*Discursos leídos en las recepciones públicas que ha celebrado desde 1847 la Academia Española*, tomo 3º).

Agarenos que hablaban Árabeto, y en esta Era hay un tercio de convertidos que hablan Árabeto, jamás la lengua Valenciana ha tomado, ni usado de palabra alguna Árabeto, antes por ser el Árabeto tan enemigo del Christiano, le tienen por muy aborrecido. Son estos conversos de la Secta Mahomética tales, que al cabo de cinquenta años, que son bautizados, jamás se ha podido acabar con ellos que dexen el Algaravía, y hablen lengua Valenciana; y quando mucho los apretamos, responden algunos de ellos: *¿Por qué queréis que dexemos la Lengua Árabeto? Por ventura es mala? Y si es mala, por qué la hablan los castellanos mezclada en su Lengua? Dexen ellos nuestra habla, y nosotros la dexaremos poco á poco.* Sin sospecharlo, Martín de Viciana, en las palabras que acaban de leerse, reveló, con espontánea sencillez, esa queja triste, justa, lastimera del que defiende lo que es suyo y más ama, como expansión de lo más noble que hay en él, de su pensamiento, de lo que le recuerda su familia, su raza, su historia, su derecho á la libertad de su persona y á la libertad de sus ideas en la lengua que balbució desde niño, y hasta eso le quitan, y hasta eso le prohíben, y hasta en eso lo tiranizan!

Yo no soy de los que piensan que España ha caído para siempre de las esferas del saber y

del progreso, ni que su degeneración sea tan grande como lo han sostenido varios escritores españoles en recientes publicaciones. Desde luego, si nos comparamos con ella, no veo qué oradores, qué historiadores, qué poetas, qué literatos, qué sabios podamos en conjunto oponer á los suyos; pero ella tampoco puede resistir á una comparación análoga con otras naciones. En su lengua, como en lo demás, á fuerza de imaginarse tenerlo todo y encapricharse en nada recibir, ha llegado á empobrecerse á gran prisa. Siempre ha visto de reojo lo extranjero, negándose á concederle mérito alguno aunque le haya sido útil, y pone el grito en el cielo al punto como cree amenazada su casticidad y pureza. De seguro estuviera ya en angustiosa penuria, si no le quedasen aguerridos cultivadores que en sostener su lengua y reavivarla se empeñan, buscando en campos nuevos fertilidad, vida y riqueza. Mucho hay que esperar de los que vienen, pero aun los actuales enseñan con el ejemplo, que es la mejor enseñanza, á olvidar las rutinas académicas, á despreciar las andaderas retóricas, á arrinconar los grilletos gramaticales y á que el idioma, libre, dueño y consciente de sus actos, busque vida en la vida y engrandecimiento en el porvenir. A ello contribuyen los escritores menos sospechosos de modernis-